

—basta observar su fisonomía para comprender que debe costarle muy poco hacerlo.

—Pero nunca excita tanto la curiosidad—continuó la señora Plornish,—como cuando sube á lo más alto de la escalera por el otro lado del muro; entonces se le ve mirar con expresión inquieta en todas direcciones, observando atentamente á los que van y vienen. Unos dicen que contempla el horizonte por la parte de su país; otros suponen que espera ver llegar á alguno á quien no desea ver; y los demás no saben qué pensar.

Bautista pareció adivinar vagamente lo que decía la señora Plornish, ó tal vez sorprendió al punto el ademán casi imperceptible por el cual la mujer remedaba á un hombre que mira de reojo; lo cierto es que cerró los ojos y encogióse de hombros con el aire de una persona que tiene sus razones para hacer lo que hace, pronunciando la palabra *altro*, con lo cual indicaba sin duda que esto no importaba á nadie sino á él.

—¿Qué quiere decir *altro*?—preguntó Pancks.

—¡Hum!... es una palabra que significa todo lo que se quiere—contestó la señora Plornish.

—¿De veras? En tal caso, procuraremos no olvidarla nunca. Y volviendo hacia el italiano, añadió:

—¡*Altro!* amigo mío; pasarlo bien. ¡*Altro!*

Juan Bautista repitió la palabra varias veces con su viveza meridional y Pancks le contestó una sola, con su flema británica. Desde aquel día el agente adquirió una nueva costumbre: todos los días al volver á su casa, cansado de trabajar, cruzaba por el Patio del Corazón Sangriento, subía ligeramente la escalera, abría la puerta del cuarto de Juan Bautista y decía:

—¡Hola! camarada. ¡*Altro!*

El italiano contestaba con diversos ademanes y sonrisas, repitiendo á cada instante: «¡*Altro, signore, altro, altro, altro!*» Terminada esta conversación tan lacónica, Pancks se marchaba con aire satisfecho, como hombre que acaba de descansar y refrescarse.



CAPITULO XXVI.

Situación de ánimo

Arturo Clennam podía felicitarse de haber adoptado la juiciosa y firme resolución de no enamorarse de la hija de su amigo Meagles, pues de lo contrario habríase visto en una situación algo embarazosa, en lucha con encontrados sentimientos, uno de los cuales le inducía á odiar cordialmente á Enrique Gowan, cosa que juzgaba indigna de un caballero. Un corazón generoso que no se siente inclinado á experimentar estas profundas antipatías, y difícilmente las acepta, ni aun desapasionadamente; pero si echa de ver que el odio comienza á intervenir y reconoce en sus momentos de calma que este odio tiene su origen en un sentimiento interesado, no podrá menos de experimentar un pesar profundo.

A no ser por su prudente resolución, el recuerdo de Enrique Gowan habría sido enojoso para Clennam, ocupando su espíritu continuamente, hasta el punto de impedirle pensar en otras muchas personas y cosas más agradables. En cambio Daniel Doyce parecía ocuparse de Gowan mucho más que su asociado, y casi siempre era él quien comenzaba á hablar del joven artista en sus conversaciones confidenciales con Arturo, que habían llegado á ser muy frecuentes, pues los dos

socios habitaban el mismo piso en una de las antiguas calles de la Cité, no lejos del Banco.

El señor Doyce, que había ido solo á pasar el día en Twickenham, porque Clennam se excusó de acompañarle, acababa de llegar á la casa común, y antes de dirigirse á su habitación entreabrió la puerta de la de su socio para saludarle.

—Entre usted—dijo Clennam.

—He visto que leía usted—repuso Doyce,—y temía molestarle.

Clennam cerró con viveza el libro que tenía delante, y en el cual había fijado su vista más de una hora, tal vez inconscientemente, sin leer una sola línea, y preguntó á su socio:

—¿Cómo sigue aquella familia?

—Bien—contestó Doyce;—todos continúan en perfecta salud.

Así como muchos trabajadores, Daniel tenía la costumbre de llevar su pañuelo en el sombrero; descubriéndose para sacarlo, y limpiándose la frente repitió con lentitud:

—Todos siguen bien, sobre todo la señorita Minnie.

—¿Había gente allí?

—No; yo era el único forastero.

—¿Y cómo han pasado ustedes el tiempo los cuatro?—preguntó Clennam con aire más satisfecho.

—¡Oh! éramos cinco; estaba allí aquel fulano.

—¿Qué fulano?

—Enrique Gowan.

—¡Ah! sí... es natural—replicó Arturo con viveza;—sí, sí... lo había olvidado.

—Según le dije á usted—repuso Doyce,—no deja de ir ningún domingo.

—Sí, sí; ahora lo recuerdo.

Daniel Doyce, que seguía limpiándose la frente, repitió con lentitud:

—Sí, allí estaba... allí estaba... y su perro también.

—La señorita Meagles parece querer mucho... al perro—observó Clennam.

—En efecto, aparentemente le aprecia más que yo al otro.

—¿Quiere usted decir al señor...?

—Enrique Gowan—interrumpió Doyce, para completar la frase.

Sucediose una pausa que Arturo aprovechó para dar cuerda al reloj.

—Tal vez forma usted concepto de las personas demasiado

pronto—dijo al fin.—En nuestros juicios... hablo en tesis general...

—Se entiende.

—En nuestros juicios pueden influir tantas consideraciones, que sin echarlo de ver nosotros, es posible que con frecuencia resulten injustos, por lo cual es preciso evitar toda precipitación. Así, por ejemplo, ese caballero...

—Gowan—añadió tranquilamente Doyce, que parecía tener empeño en pronunciar este nombre.

—... Es joven y guapo; parece hombre de chispa, y tiene gran experiencia del mundo. Difícil sería en mi concepto fundar imparcialmente la repulsión que inspirase á cualquiera.

—Pues para mí no existe dificultad, amigo mío—replicó Doyce.—Vea la inquietud que infunde hoy, y el pesar que ocasionará más tarde en la morada de mi antiguo compañero; y observo también que cuanto más se acerca á la señorita Minnie y más la mira, mayor es el número de arrugas que surcan la frente de mi amigo. En una palabra, veo que ese hombre tiende una red á la hermosa niña á quien no hará nunca feliz.

—No sabemos—replicó Arturo, con el tono de un hombre que no está tranquilo,—si la hará feliz ó no.

—Tampoco sabemos si la tierra durará cien años; pero la cosa nos parece muy probable.

—¡Vamos, vamos! tengamos esperanza, procurando por lo menos ser justos, ya que nada nos obliga aquí á mostrarnos generosos. No es cosa de censurar á ese joven por haber sabido agradar á la hermosa niña cuya mano ambiciona; ni tampoco debemos discutir el derecho natural que ella tiene de dar su corazón al hombre á quien juzgue digno de semejante favor.

—Es posible, amigo Clennam, es posible; pero no lo es menos que Minnie, demasiado joven y confiada, no conoce bastante mundo para hacer una buena elección.

—Esto sería un mal que no está en nuestra mano remediar.

—Mucho lo temo—repuso Doyce, moviendo tristemente la cabeza.

—De consiguiente—continuó Clennam,—es preciso resolvernos á no decir nada malo del señor Gowan, lo cual sería indigno de nosotros; fuera en mi concepto una despreciable satisfacción ceder á la antipatía que pueda inspirarnos ese joven; y en cuanto á mí, he resuelto no hablar nada contra él.

—No estoy tan seguro de mí, amigo Clennam, y por lo tan-

to, resérvome el derecho de no hacer su elogio; pero si no tengo confianza en mí, por lo ménos estoy seguro de usted, admiro su rectitud y la respeto. ¡Buenas noches, querido socio!

Así diciendo, Doyce estrechó la mano de Clennam, como si se hubiera tratado de alguna cosa más formal en su conversación.

Algún tiempo antes de mediar este diálogo, los dos socios habían visitado ya varias veces á la familia Meagles, observando siempre que la menor alusión á Enrique Gowan desvanecía al punto la expresión de contento que se notaba por lo regular en el padre.

Entre tanto, Enrique Gowan parecía cuidarse muy poco de la situación de ánimo de unos y otros, sin que nada turbara su tranquila serenidad, como si juzgase increíble y ridícula la idea de que Clennam pudiera permitirse intervenir para nada en sus relaciones. Tratábale siempre con cierta bondad, á la vez que con una especie de desenvoltura, que tal vez hubiera producido el más desagradable efecto en Arturo, á no ser por la oportuna resolución que adoptara respecto á la hija de Meagles.

Al día siguiente de la conversación de los dos socios, Enrique Gowan hizo una visita á Clennam, y después de las primeras preguntas de costumbre, díjole con acénto de bondad:

—Siento mucho que no haya usted venido ayer, pues hemos pasado un día delicioso.

—Así me lo han dicho—replicó Arturo.

—Lo habrá sabido usted por su socio. ¡Qué hombre tan apreciable!

—Para mí lo es mucho.

—¡Pardiez! no he conocido otro más simpático, con su ingenuidad y candidez, y su ciega fe en una porción de cosas increíbles.

En la conversación de Gowan, éste era uno de los puntos delicados que desagradaban á Clennam, y por lo tanto lo eludió, repitiendo simplemente que apreciaba mucho á Doyce.

—Le digo á usted—continuó Gowan,—que es una bellísima persona; á mí me encanta verle ir y venir como un enamorado, sin cuidarse de si gana ó pierde en el camino, tan poco viciado por el mundo, tan sencillote y tan bonachón. A fe mía, señor Clennam, que cualquiera se puede creer atrozmente mundano y calavera junto á un hombre tan primitivo.



Góvan

Permítame usted añadir que sólo hablo por mí, señor Clennam, pues también usted me parece algo cándido.

—Gracias por el cumplido—contestó Arturo algo picado;—supongo que usted le merecerá también.

—¡Bah! si he de hablarle con franqueza, no mucho, aunque tampoco soy un gran impostor. Si me compra usted un cuadro, le aseguro á usted, en confianza, que no valdrá el dinero que dé por él; pero si le compra usted á otro pintor, á uno de esos que han adquirido celebridad, le apuesto ciento contra uno que cuanto más caro le cueste más engañado quedará. Todos hacen lo mismo.

—¿Todos los pintores?

—Todos los pintores, escritores, patriotas, y cuántos tienen tienda abierta en el mercado social. Dé usted veinte libras esterlinas á cualquiera de los más que yo conozco, y le engañarán por su dinero; y cuanto mayor sea la cantidad, más considerable será el fraude; mas á pesar de todo, preciso es confesar que este mundo es encantador, verdaderamente delicioso.

—Yo creía—dijo Clennam,—que el principio de que usted habla se había adoptado principalmente por..

—Los Barnacle—interrumpió Gowan sonriendo.

—Por los hombres de Estado que dirigen el ministerio de Circunlocuciones.

—¡Ah! no diga usted mal de los Barnacle—replicó Gowan sonriendo de nuevo;—porque son hombres que encantan á cualquiera, particularmente el pequeño Clarence, el idiota de la familia, y el más refinado imbécil que jamás conocí. ¡Por Júpiter! tiene una habilidad que le admiraría á usted.

—Mucho—contestó Clennam con sequedad.

—Además—continuó Gowan, que parecía reducir todas las cosas al mismo valor,—aunque no puedo negar que el ministerio de Circunlocuciones debe concluir por ocasionar la ruina de nuestra nación, debe tenerse presente que la catástrofe no ocurrirá en nuestra época; y que por ahora no deja de ser una buena escuela para formar verdaderos caballeros.

—Pues yo creo que esa escuela, sobre ser muy peligrosa, cuesta demasiado y no satisface á los que pagan un subido precio por sostener á los discípulos—dijo Clennam moviendo la cabeza.

—¡Ah! es usted un hombre terrible—replicó Gowan, sonriendo,—y no me extraña que haya usted hecho perder la ca-

beza á ese asno de Clarence, que es el más apreciable de los idiotas, y á quien quiero de todo corazón. Pero dejemos de ocuparnos de él, y hablemos de otra cosa: yo quisiera presentar á usted á mi madre, señor Clennam, y espero que me ofrecerá usted propicia ocasión.

Si Clennam hubiera podido considerarse como rival de Gowan, semejante invitación le habría parecido la cosa menos apetecible del mundo, poniéndole en aprieto para buscar un medio de rehusarla.

—Mi madre—continuó el artista,—vive humildemente en ese torreón de ladrillos rojos que llaman el castillo de Hampton-Court. Si quiere usted elegir día y decirme cuándo tendrá á bien comer con nosotros, podrá pasar un mal rato, pero mi madre quedará sumamente complacida: esta es la pura verdad.

¿Qué contestar á esto? En el carácter reservado de Clennam había un gran fondo de sencillez (tomando la palabra en el sentido más favorable,) porque carecía de esa experiencia del hombre gastado; así es que se puso desde luego á disposición de Gowan, fijando el día, que por cierto fué muy triste para el convidado.

La señora Gowan, que recibió á Clennam con bastante amabilidad, era dama muy enrrada en años, aunque de aspecto majestuoso, que en otro tiempo pasaría tal vez por una belleza, y que se conservaba lo bastante para poder prescindir del polvo que blanqueaba la punta de su nariz y de ciertos afeites que comunicaban á sus mejillas un aspecto de frescura imposible. Esto no le impidió manifestarse un poco altiva con su convidado, siguiendo el ejemplo de otra dama antigua que, excepción hecha del cabello, los dientes, el color negro intenso de las cejas, el busto y el tinte del cutis, debía tener necesariamente alguna cosa natural, pues de otro modo no hubiera podido existir. Junto á esta dama estaba sentado un caballero, también de respetable edad, de cabello gris y de aspecto digno, aunque bastante antipático. Estos dos personajes, que iban á comer con la señora Gowan, habían formado parte de una embajada inglesa en diversas partes del mundo; y como toda embajada inglesa que aspira á ponerse en buen lugar con el ministerio de Circunlocuciones debía tratar á todo súbdito inglés con soberano desprecio (pues de lo contrario se hubiera parecido á las embajadas de los demás países,) nuestros dos personajes debieron hacer un esfuerzo para conducirse algo cortésmente con el nuevo convidado: así lo comprendió Clennam.

La señora Gowan, presa de dulce melancolía, muy natural en una dama del alta sociedad que ve á su hijo reducido á solicitar el favor de la vil multitud, cultivando las «viles artes,» en vez de prevalerse de su parentesco con los Barnacle para pescar un destino, dió principio á la conversación, hablando del mal estado de los negocios públicos, y en particular de la noble familia que imperaba en el ministerio de Circunlocuciones.

La dama de las cejas negras y el ex-embajador antipático tomaron una parte muy animada en el debate que se siguió sobre cuestiones del día, debate que Enrique Gowan se complació en prolongar todo lo posible con maligna intención, al observar la desagradable sorpresa que los discursos de los tres oradores producían en Clenna. Al artista aficionado parecía divertírle la confusión de Arturo y su aislamiento entre aquellos nobles convidados.

Al cabo de dos horas de conversación, el ex-embajador, después de tomar su taza de té y de emitir con tono solemne varios pronósticos políticos, tuvo á bien retirarse; y entonces la señora Gowan, señalando á Clennam con el abanico el sillón que tenía á su lado, el cual solían ocupar sólo las personas más favorecidas, invitóle á sentarse, como para darle una prueba de su deferencia y prosiguió con él la conversación sobre otro asunto.

—Señor Clennam—le dijo,—mucho me complace su visita... aun en este incómodo alojamiento, que es un verdadero cuartel; pero la satisfacción que me causa tiene doble motivo, porque ardo en deseos de hablar con usted sobre un asunto al que mi hijo debe, según creo, el placer de cultivar su conocimiento.

Clennam se inclinó, juzgando que esta vaga respuesta era la más conveniente al principio de una conversación que no comprendía aún del todo.

—Por de pronto—continuó la señora Gowan,—¿es verdaderamente bonita?

—¿De quién habla usted, señora?

—¡Oh! bien lo sabe usted—replicó la dama;—me refiero á esa señorita de quien Enrique se ha enamorado; me refiero á ese desgraciado capricho de mi hijo. Si toma usted por punto de honor obligarme á pronunciar la primera su nombre, diré que es la señorita... Mikles... Miggles...

—La señorita *Meagles* es muy linda—repuso Clennam.

—Los hombres—prosiguió la señora Gowan, moviendo la

cabeza, se engañan tan á menudo sobre este particular, que si he de hablar francamente, confesaré que disto mucho de estar convencida. No obstante, ya es algo que usted confirme la opinión de Enrique con tanta gravedad y convicción. Creo que en Roma fué donde conoció á esa gente...

Estas palabras hubieran agraviado á Clennam si hubiese tenido un interés amoroso, pero no hallándose en ese caso, limitóse á contestar:

—Dispense usted, señora; temo no haber comprendido bien.

—Digo que en Roma conoció á esa gente—repitió la señora Gowan, golpeando un velador con su enorme abanico cerrado;—que los descubrió, que los desenterró allí.

—¿Esa gente? ¿Qué gente?

—Esos Miggles.

—No podría decir á usted con certeza—replicó Clennam,—dónde mi amigo el señor *Meagles* presentó á su hija al señor Enrique Gowan.

—Yo creo que recogió á esa familia en Roma; pero poco importa el punto... claro está que los recogió en alguna parte. Ahora, quisiera que me dijese usted en confianza si esa gente no tiene modales demasiado plebeyos.

—A decir verdad, señora, yo soy tan plebeyo que no me creo autorizado á ilustrarla sobre este punto.

—¡Muy bien!—repuso la dama, abriendo tranquilamente su abanico;—debo creer, pues, que en su interior piensa usted que los modales de esa señorita corren parejas con su hermosura.

Clennam se inclinó con fría gravedad.

—Lo que usted me dice—añadió la dama,—no deja de ser consolador, y espero que no se engañe. Creo que Enrique me dijo que había usted viajado con ellos.

—Durante varios meses tuve, efectivamente, por compañeros de viaje al señor *Meagles*, á su esposa y su hija.

—Esto prueba que debe usted conocerlos, de lo cual me alegro mucho, porque le hablaré con franqueza. Ya hace mucho tiempo, señor Clennam, que comenzaron esos amores, sin que por esto disminuya la ceguera de mi hijo. A mí me alivia mucho poder decirle á usted estas cosas, hablar del asunto con una persona tan bien informada.

—Dispense usted, señora—replicó Arturo;—pero debo advertirle que el señor Enrique Gowan no me ha hecho ninguna confidencia, y que disto mucho de estar informado como usted supone; el error de usted me coloca en grave apuro, y

de consiguiente le repetiré que entre su hijo y yo no se ha cambiado una sola palabra sobre el particular.

La señora Gowan dirigió una mirada al otro lado de la habitación, donde su hijo jugaba una partida al «carté» con la antigua dama artificial, y dijo después de una pausa:

—¿Con que no le ha confiado á usted nada, ni le ha hecho ninguna revelación? Esto no me extraña; pero advierta, señor Clennam, que hay confidencias mudas; y como usted es amigo íntimo de esos Miggles, no dudo que sabrá á qué atenerse. Tal vez sepa usted ya que he sufrido mucho al ver á Enrique dedicarse á una profesión que... ¡en fin! una profesión respetable hasta cierto punto, pues hay artistas que como tales son personas muy superiores; pero en nuestra familia no hemos tenido nunca pintores, y sí sólo aficionados.

Al oír esto Clennam pensó que por el pronto no había el menor peligro de que un verdadero artista comunicara nuevo brillo al nombre ilustre de los Gowan.

—Enrique—continuó la madre,—es testarudo, y como esos Mikles hacen todo lo posible para «acapararle», pocas esperanzas me quedan, señor Clennam, de verle romper con la familia. Temo que esa muchacha tenga un pobre dote; Enrique hubiera podido encontrar cosa mucho mejor; en una palabra, no veo nada que compense la desigualdad de semejante alianza. En fin, mi hijo no quiere atender razones, y si pasado algún tiempo no puedo conseguir que eso concluya, forzoso será resignarme y hacer de tripas corazón, aceptando á esa gente. Por lo demás, le agradezco que me haya proporcionado los informes que deseaba.

—Señora Gowan—replicó Clennam, después de inclinarse gravemente, y no sin cierta confusión,—apenas sé cómo cumplir lo que considero un deber, y ruego á usted me dispense la manera de hacerlo. Creo que usted incurre en un error, y muy grave (si me es permitido hablar así,) que es preciso rectificar. Usted supone que el señor *Meagles* y su familia hacen todo lo posible... creo que éstas son sus palabras...

—Sí, señor—repuso la dama, mirando á su interlocutor tranquilamente.

—Hacen todo lo posible—repitió Clennam,—para «acaparar» al señor Enrique Gowan.

La madre hizo una señal afirmativa.

—Ahora bien—prosiguió Arturo,—esto no tiene el menor viso de verdad, pues me consta que sólo la idea de semejante unión aflige al señor *Meagles*, quien ha opuesto todos los

obstáculos posibles con la esperanza de conseguir un rompimiento.

La señora Gowan cerró su gran abanico verde, dió un golpecito en el brazo de Arturo y otro en sus propios labios, entreabiertos por una sonrisa, y replicó:

—Justamente; eso es lo que yo quiero decir.

Clennam buscó en las facciones de su interlocutora la explicación de estas palabras.

—¿Habla usted seriamente, señor Clennam? ¿No me ha comprendido?

Arturo contestó negativamente.

—¿Le parece á usted—prosiguió la dama,—que no conozco á mi hijo, y que puede ocultárseme que ese es el mejor medio para atraparle? Esos Miggles lo saben tan bien como yo, y hartos se ve que son gente práctica en los negocios. Si no me engaño, el tal Miggles estuvo empleado en un Banco, y éste prosperó bajo su dirección. ¡Muy bien jugado; debo reconocerlo!

—Señora, ruego á usted...

—¡Oh! señor Clennam, ¿cómo puede usted ser tan crédulo?

Ofendióle tanto á Clennam el tono altivo de la dama y su ademán desdeñoso al acariciarse los labios con el abanico, que no pudo menos de replicar con mucha viveza:

—Créalo usted, señora; esa sospecha es injusta y carece de todo fundamento.

—No es sospecha—dijo la dama,—es «certidumbre.» A fe mía que está muy bien jugado, puesto que esa gente parece haberle deslumbrado á usted también con falsas apariencias, señor Clennam.

La señora Gowan comenzó á reirse, y pasando de nuevo el abanico por sus labios, añadió:

—¡Vamos! ¿le parece á usted que á mí se me oculta que esa gente se pondría en cuatro pies para obtener semejante alianza?

En aquel momento, Enrique Gowan, que había dejado de jugar, acercóse y dijo á su madre:

—Espero que por esta vez me cederá al señor Clennam, porque hemos de ir muy lejos y se va haciendo tarde.

Arturo se levantó, mientras que la señora Gowan le seguía mirando con la misma altivez y la misma desdeñosa sonrisa.

—Mi madre le ha concedido á usted una audiencia terriblemente larga—dijo Gowan á Clennam cuando hubieron salido;—espero que le habrá maltratado mucho.

—Nada de eso—contestó Arturo.

A la puerta esperaba un pequeño faetón descubierto para trasladarlos á Londres, y un momento después el vehículo corría hacia la capital. Gowan, que conducía, encendió un cigarro, ofreciendo otro á Clennam; pero éste rehusó, y por más que hizo para evitarlo, quedó absorto en sus reflexiones, tanto que Gowan le repitió:

—Temo mucho que mi madre le haya tratado mal.

—De ningún modo—contestó Arturo, interrumpiendo su meditación para caer de nuevo en ella.

Arturo recordó involuntariamente la mañana en que vió por primera vez á Enrique Gowan, desenterrando las piedras del camino con el tacón de su bota; y preguntóse más de una vez, cuando se hubo despedido del artista, si la presentación de aquel día no habría sido preparada por éste, sabiendo lo que su madre iba á decirle sobre la familia Meagles.

